Lord Berners

PRIMERA INFANCIA

PERIFÉRICA



PRIMERA INFANCIA

LARGO RECORRIDO, 217

Lord Berners

PRIMERA INFANCIA

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

Para Robert Heber-Percy,
cuyo conocimiento de la ortografía
y el estilo literario se ha demostrado inestimable

I

EL BIOMBO

Recuerdo con mucha claridad la primera vez que fui consciente de mi existencia, la primera vez que me di cuenta de que yo era un ser humano sensible en un mundo perceptible. Parece que adquirí aquel estado de autoconciencia de una forma muy similar al modo en que uno domina la técnica de montar en bicicleta o de hacer un truco de malabares, es decir, en un momento dado y sin razón aparente, uno descubre de pronto que lo puede hacer.

Aquel despertar de mi percepción no estuvo provocado por ningún hecho relevante. No apareció ningún unicornio. Tampoco hubo un tañido de campanas que anunciara alguna gloriosa victoria ni la subida al trono de un monarca. Por mucho que algo así pudiera realzar el interés de mi historia y darle un toque pintoresco, un estricto respeto a la verdad me impide conectar aquella circunstancia con ningún acontecimiento de importancia nacional o siquiera local.

Las condiciones en que tuvo lugar aquel hecho decisivo para mi desarrollo mental no podrían haber sido más triviales. Simplemente estaba de pie junto a una mesa de la biblioteca de Arley cuando, de repente, lo que hasta entonces había sido un entorno borroso se tornó nítido, como cuando alguien que es corto de vista se pone gafas. Los objetos y las personas adquirieron formas definidas, agrupándose en un todo ordenado, y desde aquel momento comprendí

que yo formaba parte de aquello, sin adivinar, claro está, todo lo que aquello implicaba. Los rasgos evidentes de aquel primer hito de mi experiencia siguen claramente registrados en mi imaginación: la enorme mesa de caoba con su tapete de terciopelo carmesí; el grueso álbum de fotografías guarnecido de cierres dorados, que podía cerrarse con llave como si fuera el receptáculo de imágenes obscenas cuando, en realidad, no contenía nada más que retratos de familia; el cuenco de porcelana lleno de rosas de Navidad, ligeramente estropeadas por el frío, como suelen estarlo esas flores; un retrato al pastel de mi abuela cuando era niña. En segundo término, mi abuela en persona, mi madre y unas cuantas tías, y, en la puerta, mi niñera esperando para llevarme de paseo. Un conjunto que, estará usted de acuerdo, estaba desprovisto por completo de cualquier emotividad, aunque podría haber tenido cierto encanto como tema de conversación victoriano.

Las personas a las que les he preguntado sobre el primer despertar de su conciencia me han aportado poca información. En la mayoría de los casos recordaban algún incidente concreto que había tenido lugar en sus primeros años de vida, pero ninguna de ellas pudo rememorar el momento exacto en el que, por primera vez, repararon en que eran seres humanos. Algunos hasta confesaron que, en lo tocante a ellos, aquello nunca había llegado a ocurrir. Y yo diría que, aun así, se las han arreglado para ir por la vida tan ricamente.

El fenómeno que he descrito sucedió cuando yo tenía tres años y medio. Hasta entonces mi vida no había sido del todo tranquila. Había viajado a Malta y había regresado; mi niñera me había arrojado a las aguas del Mediterráneo, y había aparecido en una fiesta infantil disfrazado de Baco niño. No obstante, en lo que respecta a mi memoria,

estos hechos han caído en el olvido. Yacen enterrados en mi subconsciente y no puedo sino estar agradecido por ello, pues no parece que hayan dado lugar a graves complejos, inhibiciones ni represiones.

Dicen, sin embargo, que las cosas que nos ocurren después de nuestro nacimiento tienen menos importancia en la formación de nuestro carácter que las que ocurren durante nuestra historia prenatal y que, en ese período misterioso, escurridizo, es cuando se definen los impulsos que nos dirigen durante nuestro breve paso por la vida. En cuanto a la herencia biológica, soy incapaz de encontrar ninguna genealogía clara para mi carácter. Mis ancestros, durante varias generaciones, han sido terratenientes u hombres de negocios con aficiones de naturaleza exclusivamente deportiva aunque, por supuesto, es muy posible que haya habido entre ellos unas cuantas damas con talento artístico que pintaran acuarelas, visitaran Italia o tocaran el arpa. Por lo visto, hace muchos años, entró en la familia algo de sangre gitana. Este hecho se encubrió con más o menos éxito, por más que haya habido indicios de que esa sangre ha seguido fluyendo, como una corriente subterránea, y saliendo de vez en cuando a la superficie con resultados desconcertantes.

En lo relativo a mis antepasados más inmediatos, soy incapaz de atribuir cualquiera de mis rasgos distintivos a mis abuelos, y aún menos a ninguno de mis progenitores. El único hecho concluyente que he aprendido sobre la herencia es que, a finales de la época victoriana, había ciertas desventajas en ser diferente (en el sentido biológico) en un entorno exclusivamente deportista.

Nací en 1883 en Arley, el hogar de mis abuelos maternos, y fue allí donde pasé la mayor parte de mi primera infancia. Arley era una enorme casa neogótica de piedra gris,

construida a finales del siglo XVIII. Se parecía un poco a Strawberry Hill y, aunque de arquitectura no tan etérea y fantástica, tenía una buena cantidad de torreones y almenas. Su atmósfera era sumamente romántica y creo que Horace Walpole, Lewis –el Monje– o la autora de *Los misterios de Udolfo*[1] le habrían dado el visto bueno. La casa estaba rodeada por un parque encantador, ondulado y muy frondoso, y un amplio valle por el que fluía el Severn. El edificio, con vistas al río, se alzaba sobre una loma, y los jardines tenían declives y balaustradas de piedra que descendían hasta la orilla. El elemento más llamativo del parque era una cadena de taludes densamente arbolados que seguían la línea de la corriente en dirección a Southbridge, la pintoresca y poco típica población local. A aquella cadena se la conocía como el Terraplén. Era un paraíso terrenal para los niños, y los escarpados barrancos de arenisca que sobresalían aquí y allá por entre los árboles proporcionaban un inagotable campo de exploración y aventura.

Uno de aquellos barrancos atraía con fuerza mi imaginación infantil. Se lo conocía como la Roca Tarpeya, nombre que, sin duda, era un vestigio del gusto clásico de una generación pasada. Era una abrupta pared de arenisca roja incrustada de liquen de la que sobresalían altos abetos. La fascinación que la Roca Tarpeya ejercía sobre mí se debía, seguramente, a una temprana apetencia por lo *terrible y sublime*, junto con el interés que me suscitaban las sádicas asociaciones del nombre. Recuerdo sentirme amargamente decepcionado cuando supe que Tarpeya, en vez de haber sido arrojada desde una roca, como yo había imaginado, en

[1] Referencias a los escritores británicos Matthew G. Lewis (1775-1818), autor de la novela gótica *El monje*, y Ann Radcliffe (1764-1823), pionera de la literatura gótica. [Todas las notas son de la traductora salvo indicación expresa.]

realidad había sido aplastada por los escudos de los soldados sabinos, que se habían aprovechado vilmente de una frase ambigua.[2]

Aun así, la Roca Tarpeya era sólo una de las muchas cosas interesantes que se podían encontrar en el parque. Estaba, por ejemplo, la pequeña charca a la que llamábamos Pozo Sin Fondo, donde se había hecho un intento de extraer carbón y aquel pozo minero, ahora abandonado, estaba lleno hasta el borde de agua estancada. Se encontraba en un bosquecillo de aspecto lúgubre en el que, según se rumoreaba, ningún pájaro había construido jamás su nido, un hecho que aumentaba grandemente su siniestra reputación. Pero me temo que a cualquiera que no conociera la leyenda del pozo sin fondo y del bosque sin nidos le habría parecido una charca de lo más corriente.

La Casa de Hielo suponía otra emoción. En los tiempos anteriores al uso generalizado del hielo artificial, la superficie congelada de uno de los estanques se rompía cada invierno y se almacenaba en una cámara circular, semisubterránea, y se cubría con una espesa capa de helechos. En un par de ocasiones, como cosa especial, me abrieron la puerta de la Casa de Hielo para que pudiera echar un vistazo a las heladas profundidades en las que el hielo sobre el que habíamos patinado dormitaba en su nido de helechos hasta el momento en que saldría de nuevo para enfriar nuestras bebidas y proporcionarnos sorbetes y cubitos.

No obstante, es en la casa misma donde se concentran los más vívidos de mis recuerdos tempranos. Arley, con sus escaleras y pasillos, sus misteriosos rincones, sus armarios

[2] Según la leyenda, Tarpeya fue una vestal que traicionó a Roma a cambio de «lo que los sabinos llevaban en el brazo izquierdo», refiriéndose a sus brazaletes de oro. Los sabinos la traicionaron a su vez, portando los escudos en el brazo izquierdo y dándole muerte con ellos.

y sus desvanes, cada lugar con su propia atmósfera, formaba un microcosmos en el que yo podía encontrar abundante alimento para mis incipientes gustos y sensibilidades.

Las dos estancias que yo prefería por encima de todas las demás eran la biblioteca y el salón de visitas, pues contenían la mayor y más variada cantidad de tesoros.

Me encantaba la biblioteca por las hileras de libros de color ámbar que se veían en los altos estantes góticos, coronados por hornacinas que albergaban bustos de eminentes hombres de letras (¿o eran emperadores romanos?); por sus elaboradas lámparas de gas, con sus luminosos globos, que parecían gigantes frutos incandescentes sobre ramas góticas; por la enorme chimenea de mármol con urnas de pórfido en la repisa; por los inmensos sillones de cuero y las lámparas de lectura, de plata y con brillantes pantallas de cristal verde. Daba la sensación de que toda la sala irradiaba calidez y seguridad en aquellos acogedores días victorianos.

El salón de visitas me atraía de una forma diferente. Era más alegre, más femenino, más frívolo. Los adornos góticos eran menos austeros y las tracerías tenían detalles en celeste y dorado. Del techo, de bóveda con forma de abanico, como una fuente invertida, colgaba una enorme lámpara de araña con lágrimas que, destellando con los colores del arcoíris, se reflejaban en los altos espejos que había entre las ventanas. Las cortinas se ondulaban en un laberinto de pliegues y borlas. Las sillas y los sofás, de satén azul pálido, estaban salpicados de abundantes botones, y había una especie de sofá doble con forma de S, llamado *sociable*, si bien sería difícil imaginar algo menos propicio a la sociabilidad, por muy ventajoso que se hubiera demostrado para personas orgullosas de su perfil. En uno de los rincones de la habitación había un monstruoso piano de media cola que, al

parecer, se usaba más como depósito de cachivaches que con algún propósito musical. Delante de la chimenea había una gruesa alfombra blanca de lana y, a un lado, un parachispas hecho con un faisán del Himalaya disecado con las alas desplegadas que con su iridiscente pechuga y su copete de plumas me llenaba de regocijo.

Pero lo que me fascinaba más que cualquier otro objeto del salón era un alto biombo plegable, decorado con imágenes de vivos colores, recortadas y pegadas al azar, un trabajo conjunto de mi madre y sus hermanas, quienes para su construcción debieron de mutilar una biblioteca entera de libros ilustrados y láminas a color.

Bajo una capa transparente de barniz amarillo, se desplegaba un cautivador mundo de flores, pájaros y paisajes, todo revuelto en caleidoscópica confusión. Allí podías ver «palomas de Siam, ratones de Lima y aves del paraíso sin patas»,[3] además de innumerables cosas más. Había vistas de lagos italianos y ciudades, enmarcadas por ramos de orquídeas. Perfilándose sobre un fondo de montañas, rebecos y chalés suizos, unos rutilantes colibríes introducían sus afilados picos en los cálices de flores tropicales. Un periquito gigante, verde y carmesí, daba la impresión de haberse posado en la aguja de la catedral de Colonia, mientras una compañía de caballeros medievales, a lomos de caballos ricamente enjaezados, caracoleaban delante de la Esfinge y las pirámides. El conjunto no tenía orden ni concierto, pero evocaba una visión mágica de algún fantástico paraíso de hadas, y, cada vez que tenía ocasión, me colaba en el salón para los invitados y me quedaba embelesado delante de aquel biombo, esforzándome en vano por memorizar el sinfín de elementos allí representados.

[3] Verso del poema «The Eve of Saint Mark» (1819), de John Keats.

Tal era el efecto que me causaba el biombo en mi temprana infancia. Sin embargo, cuando, muchos años después, lo vi de nuevo, guardado en un trastero al que el gusto purista de una era posterior lo había desterrado, me asombró descubrir que estaba compuesto en su mayor parte de caricaturas políticas y escenas deportivas. Los paisajes continentales que yo tan bien recordaba, los pájaros exóticos y las flores tropicales no constituían sino una porción relativamente pequeña del todo. Tampoco estaban especialmente colocados, como podría suponerse, en los paneles inferiores del biombo, que, en aquellos días, habrían quedado a la altura natural de mi campo de visión. De hecho, para alcanzar a ver algunos de ellos seguramente me vi obligado a subirme en una silla.

Este descubrimiento fue muy sorprendente y podría demostrar que, en el momento en que el biombo despertó mi entusiasmo infantil, una innata fuerza selectiva debía de estar ya en funcionamiento, centrándose en ciertas cosas y excluyendo otras, una fuerza selectiva que continuó obrando a pesar de los arduos esfuerzos de padres, niñeras, institutrices y maestros de escuela por desviarla hacia cauces que eran más de su gusto.